

Epifanía del Señor (02-01-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, esta fiesta que fue, inclusive, inaugurada en la Iglesia mucho antes de la fecha en que hoy festejamos la Navidad, es el nacimiento de Jesús para todos los pueblos de la tierra. Por eso, la Santa Madre Iglesia ha elegido este texto que muestra cómo en la humanidad, en todos los pueblos de la tierra, hay una búsqueda. Esa búsqueda está muy ligada a las búsquedas de las zonas campesinas en donde se “lee” el cielo, las estrellas, para ver si se puede sembrar, si se puede cosechar, si va a haber frío, si va a haber lluvias, si va a haber calor.

Y esta tradición antigua de los pueblos tiene una cosa muy importante: es la apertura, la apertura a cosas inéditas, a cosas no previstas. De hecho, estos magos que son unos sabios, unas personas que, más que reyes (se les llama reyes porque en el Salmo de hoy cantamos que los reyes también van a ir a Israel a adorar a Dios), son en realidad unas personas que se ocupan, en las comunidades, de mirar el cielo para poder ayudar a la comunidad a llevar adelante su vida. Pero estos magos, estos sabios, reconocen que hay algo nuevo que está ocurriendo entre las estrellas, por eso, ven una estrella moverse y la siguen.

Esto es muy importante, porque, como ha dicho el Papa Francisco el año pasado en la fiesta de la Epifanía: “Ellos alzan la mirada, miran hacia el cielo esperando algo más”, es decir, no están obcecados, no están ciegos de esperar que siempre suceda lo mismo, sino que leen los signos nuevos que pueden hacer posible que nos movilizemos.

Cuando hay signos nuevos salimos al encuentro de su significado, nos interrogamos, hacemos preguntas sobre nuestra vida, tratamos de modificar las formas de vivir que tenemos, porque tenemos que adaptarnos a la nueva situación que se nos aparece.

En los últimos años, estamos viendo signos muy negativos, pero también signos positivos. Y es preciso estar atentos a los signos, no solamente del cielo, sino también de la tierra, los signos de la historia, los problemas que ocurren y las novedades de cosas buenas que también ocurren. Y por eso, hermanos y hermanas, esta Epifanía es la manifestación a todos los pueblos que buscan y al ser humano que siempre está a la expectativa. Y ¿Por qué razón? Porque nuestro Dios, el Dios de nuestra fe, el Padre de nuestro Señor Jesucristo lo ha enviado para ayudarnos a caminar en la vida y para llevarnos a la plenitud de su Reino. Ese Dios se revela en las situaciones más complicadas porque ha querido encarnarse en nuestra historia, encarnarse en un niño que es “el signo” fundamental porque está para ser comido por nosotros, para que adquiramos la sabiduría de caminar con el mismo amor que Él caminó en esta historia, hasta sacrificar su vida plenamente en la Cruz, como “el signo” de esperanza para la humanidad de un Dios que nos ama y que no nos recrimina ni destruye. El Señor nos corrige, nos llama, nos interpela, pero no quiere nuestra condenación, sino que podamos encontrar toda una vida en este mundo que, luego, se haga plena en el Reino de Dios basada en el amor. Quiere decir que también es posible hoy, a pesar de nuestro pecado y de los males, construir relaciones fraternas que vienen del ser hijos para ser hermanos.

Lo que ocurre aquí es que hay un grupo de personas en Jerusalén que se conmocionan ante la idea de que un niño ha nacido, ante la idea de que ese signo de la estrella tiene una traducción concreta en una persona que ellos han dicho: “Ha nacido un rey y venimos a adorarlo, el rey de Judea”. Y ¿Por qué se conmocionan? Porque Israel - y allí Jerusalén - se ha convertido en un sistema cerrado que ya no espera nada, sólo espera en sus costumbres y las repite. Entonces, como que el poder de Herodes, el poder de los escribas y el poder de los sumos sacerdotes ya está completo. Y probablemente ellos dirían: “¡Qué viene alguien más a cambiar las cosas! ¡Cómo es posible que se hable de un rey cuando acá tenemos al rey Herodes que gobernó 34 años Israel!”. Ellos no esperan ya nada más.

Y si bien es cierto que les manda a leer las escrituras a los sacerdotes, el modo en que las leen es casi de cálculo, como una especie de previsión exacta de lo que va a suceder, sin ver la novedad de lo nuevo que envía Dios, porque en los textos anteriores, ustedes ven cómo dice que “Belén va a ser la más grande de todas y no la más pequeña”. Y dice también, en el salmo, que los reyes vendrán a pagar impuestos a Israel, en el futuro. Entonces, ellos, en vez de abrirse a la novedad de su Dios, calculan si les conviene o no les conviene ese rey que va a venir. Y, de hecho, tienen una especie de actitud de sospecha y les dicen a los magos que vayan a espiar, intentando desviar su actitud sincera de búsqueda. Son utilitarios, por tanto, porque reducen la apertura a un cálculo planificado y destructivo por temor a que sus poderes y su control de la situación de Jerusalén se vaya a alterar.

La actitud que estamos llamados a tener el día de hoy y en el camino de nuestra vida como cristianos, es siempre la

actitud de adorar. Y adorar significa agacharse para contemplar y acoger al niño Dios que ha nacido, que es la actitud que tienen estos magos, y que, además, desde antes han alzado la mirada, han detectado esa estrella, la han seguido en un largo camino y ahora contemplan al Señor, lo acogen en su vida y comparten con Él todo su ser a través de estos dones que nosotros hemos ejemplificado también en el signo de los regalos de Navidad.

Estos signos de regalo implican, sobre todo, nuestro sentido de amistad y de cariño por el Otro, adorar al Señor en la vida de los demás, en las personas de los demás, porque Dios encarnándose en Jesús, nos ha hecho a todos hijos y todos también necesitamos respetarnos y querernos mutuamente, en especial a los mas pequeños.

¿Qué consecuencias tiene eso para nosotros actualmente? Si nosotros no adoramos al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente, con todo nuestro cuerpo y con todo nuestro ser, entonces, nuestra vida se convierte en una idolatría. El Papa decía que una idolatría significa que uno se adora a sí mismo, adora sus intereses, sus previsiones, sus cálculos, la renta que le va a sacar a los demás, y no adora el sentido de la persona, del respeto, del valor del Otro, porque el Señor se ha manifestado en el otro, en el totalmente otro, en el niño pequeño, pobre y dispuesto a morir por nosotros, a sacrificar su vida por nosotros.

Dios ha querido humillarse en cierto modo, “anonadarse”, dice la Carta a los Filipenses, hacerse nada, para que comprendamos cuánto nos ama. Y viene sin crear temor, al contrario, los únicos que le tienen miedo, curiosamente, a un niño pequeño, son los poderosos de Israel, los que tienen algo que es demasiado importante para ellos y poco importante para el bien de los demás, que es el poder. Todos

los demás vivimos luchando todos los días por sobrevivir con diversas circunstancias en todas las dificultades, e interesa poco el ser dominantes, porque lo que se necesita es ser compasivos. La humanidad quiere y reclama compasión, y nuestro Dios está a la altura de esos deseos más hondos, pero va más allá, nos manda a su Hijo para fortalecer nuestras vidas y aprender a amarnos de verdad.

Por eso, hoy día, vamos a contemplar al Señor como lo hacen estos magos que, curiosamente, parece ser que todavía no son cristianos, se van a ir haciendo cristianos poco a poco, pero se abren, tienen intuición de que hay algo novedoso y grande que tiene preparado el Señor en todas las religiones, un alguien que va más allá de lo que cada comunidad religiosa ha organizado. Y por eso, también en nuestra Iglesia tenemos que reconocer que la última Palabra la tiene Dios y no nuestros sistemas y costumbres.

Nuestro sistemas y costumbres tienen mucho de la fuerza de Dios porque han sido plasmados recogiendo la tradición de esta Iglesia que quiere traducir al lenguaje sencillo lo que Dios ha hecho con nosotros, que es donarse gratuitamente, derramando su gracia, como dice hoy día la Carta a los Efesios: "Ha derramado su gracia". Pero, evidentemente, no podemos "petrificarlo", no podemos "construirlo" y "detenerlo" en solamente un sistema en donde también participa nuestra acción humana, tenemos que dejar que, más bien, dentro de esa tradición, gracias al Espíritu Santo que vive en el pueblo fiel y en la iglesia toda, podamos ir descubriendo las nuevas formas de actuar, de identificarnos con los demás y de anunciar el Evangelio.

Hermanos y hermanas, el Señor, a través de Jesús, quiere llegar a todos los seres humanos. Los cristianos, los católicos, tenemos que entrar en diálogo con todas las

culturas que están en búsqueda, respetarlas, reconocer lo bueno que hay en cada una y ofrecerles esta maravilla que hemos encontrado nosotros, para compartir y para que sus vidas sean mejores. Que no suceda en la vida actual lo que a veces ha sucedido en el pasado: una tendencia a imponer sin explicar, sin proponer, sin conversar.

Que el Señor nos ayude a realizar esto, porque hoy el mundo lleno de fragilidades y debilidades, está necesitado de conocer a este Dios que se manifiesta en un niño sencillo, y que, desde ese amor, nos coge a todos para poder aprender a amar y entrar en una humanidad fraterna. Es claro que en el tiempo próximo que viviremos, no será posible vivir sin la participación de todos, sin la amistad social y humana de todos los que integramos esta humanidad en graves problemas, pero que necesita del aliento de su Dios.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, en este día, especialmente a todos nuestros pueblos sencillos de todas las culturas de nuestro país, de América Latina y del mundo. Y que podamos hermanarnos para hacer una humanidad realmente feliz, tanto en esta tierra como en la que el Señor nos ha prometido en su Reino, para conducirnos a Él y vivir plenamente el amor que ya se anticipa con la venida de Jesús.